

otros dos tercios habian de reembolsarse en un capital de 20 veces la renta por medio de pagarés realizables en bienes nacionales. Verdad es que los tales pagarés circulaban por menos de la sexta parte de su valor y que para aquellos que no tenian intencion de comprar tierras era una verdadera bancarrota.

A pesar de la calma y sufrimiento de los consejos despues del 18 de fructidor no dejó de escitar aquella medida una viva oposicion, porque sostenian los adversarios del reembolso que esto no era otra cosa mas que una bancarrota; que al principio de la revolucion se habia puesto la deuda bajo la salvaguardia del honor nacional y era deshonor á la república venir ahora á reembolsar las dos terceras partes de ella; que los acreedores que no habian de comprar bienes perderian las nueve décimas partes para realizar sus pagarés, porque por lo mismo que se iba á sacar á la plaza una cantidad tan grande de papel no podria menos de envilecerse, que aun prescindiendo de toda preocupacion sobre la procedencia de aquellos bienes, la mayor parte de los acreedores del estado eran demasiado pobres para comprar tierras, siendo imposible hacer compañías para verificar las compras en comun y por consecuencia la pérdida de los nuevos décimos del capital era inevitable para la mayor parte de ellos; que ese ter-

cio llamado consolidado no pasaba de ser una promesa, como lo habia sido la del total y siempre habia gran diferencia entre prometerlo todo ó no prometer mas que una tercera parte, y últimamente que si la república no podia en aquel momento hacer frente á todos los ramos del servicio, valia mas que esperasen los acreedores como lo habian estado haciendo hasta entonces, que no quitarles la esperanza de ver mejorar su suerte despojándoles de pronto de toda esperanza. Habia tambien algunos que querian se hiciese distincion entre las diferentes clases de rentas del gran libro y que solo se sujetasen al reembolso las que habian sido adquiridas á bajo precio, pues en efecto se habian llegado á vender á 10 y á 15 francos y los que las habian comprado ganaban todavia mucho aun supuesta la reduccion de las dos terceras partes.

A esto respondian los partidarios del proyecto del directorio, que un estado tenia derecho como cualquier particular para abandonar sus bienes á sus acreedores cuando no se hallaba en estado de pagar; que la deuda escedia en mucho los recursos de la república y que en semejante caso tenia derecho para ceder la hipoteca es decir los bienes; que si ellos compraban tierras vendrian á perder muy poco, mucho mas cuando estas subirian de precio en sus manos hasta llegar á su an-

tiguo valor y que de esta manera se indemnizarían de su pérdida anterior, que aun quedaban 1,300 millones en bienes, pues los 1,000 millones prometidos á los ejércitos se habían transferido á los acreedores del estado; que la paz estaba inmediata, en cuyo caso esos pagarés de reembolso serian los únicos que se recibiesen en pago de bienes nacionales; que por consecuencia ascendiendo la parte del capital reembolsado á cerca de 3,000 millones, encontraría 1,300 millones que adquirir en bienes, y lo mas que podia perder serian dos tercios en lugar de nueve décimos; que fuera de eso nunca habían sido tratados mejor hasta entonces los acreedores, sino que siempre se les había pagado en bienes, ya se les dieran asignados ó ya bonos *de las tres cuartas partes*; que la república no estaba obligada mas que á dar lo que tenia, y que nada ganarian ellos en esperar porque era imposible que nunca se pudiera satisfacer toda la deuda; que al contrario liquidándola se aseguraba su suerte, que el pago del tercio consolidado principiaba desde el momento porque existian los medios de hacer el servicio, y la república quedaba por su parte descargada de un peso enorme, con lo cual entraria en el camino regular y se presentaría á la Europa con una deuda mas ligera y en una actitud mas propia y mas imponente para conseguir la paz: últimamente que no se podía hacer

diferencia entre las rentas por lo respectivo al precio de su adquisicion, sino que era preciso tratarlas con absoluta igualdad.

Era inevitable esta medida, y en ella hacía la república lo que había hecho siempre, que era satisfacer todos los compromisos superiores á sus fuerzas á costa de las tierras, y al precio á que hubiesen caído. Pagó con asignados todas las cargas antiguas y todos los gastos de la revolucion, y los asignados los pagó con tierras. Con ellos había ido pagando los intereses de la deuda, y con ellos, es decir con tierras, se proponía tambien pagar el capital. En una palabra, daba lo que tenia en su mano, que es como liquidaron su deuda los Estados Unidos, dando á sus acreedores por único pago las orillas del Mississipi. No hay duda en que unas resoluciones de tal naturaleza causan muchos perjuicios á los particulares, pero es preciso resolverse á aguantarlos cuando son inevitablemente necesarios.

Quedó adoptada la propuesta, y así por medio de los nuevos impuestos y gracias á la reduccion de la deuda que permitió reducir los gastos á la suma de 616 millones, se pudo restablecer la balanza en nuestra hacienda y salir de muchos apuros para el año VI, que comprendía desde setiembre 1797 hasta igual mes de 1798.

A todas estas resoluciones que eran el resulta-

do de la victoria queria añadir otra el partido republicano , diciendo que la república estaria siempre en peligro mientras tolerase en su seno una raza enemiga , cual era la de los antiguos nobles , y asi pretendia que se desterrasen de Francia todas las familias que lo habian sido en otro tiempo , dándolas el valor de sus bienes en mercancías francesas y que se las obligase á llevar á otra parte sus preocupaciones , sus pasiones y su propia existencia. Estaba muy apoyado aquel proyecto por Sieyes , Boulay del Meurthe , Chazal y todos los republicanos decididos , pero le combatian mucho Tallien , y los amigos de Barrás , como que este era noble , lo era tambien el general del ejército de Italia y otros infinitos de los que concurrían á las tertulias y diversiones de Barrás ; y por mas que se pusiese una escepcion en favor de los que habian servido útilmente á la república , estaban muy irritados los concurrentes á casa del director. Aun prescindiendo de todas estas razones personales , era facil de demostrar el peligro y la crueldad de semejante ley ; mas sin embargo se presentó á los dos consejos y escitó una especie de sublevacion obligando á retirarla para hacer en ella grandes modificaciones. Volvió á reproducirse bajo otra forma , en la cual no se condenaban al destierro los antiguos nobles , pero se les consideraba como extranjeros y obligados á cumplir ciertas

formalidades y sufrir las pruebas de la naturalizacion para recobrar la calidad de ciudadanos. Se puso una escepcion en favor de los que habian servido últimamente á la república , sea en los ejércitos , sea en las asambleas , con lo cual quedaron libres de las consecuencias de aquella medida Barrás , sus amigos , y el vencedor de Italia , cuyo nacimiento se afectaba siempre recordar.

Habia vuelto á tomar el gobierno una energia verdaderamente revolucionaria , y como habia desaparecido la oposicion que solia clamar por la paz , mostró el gobierno mayor firmeza y mayores exigencias en las negociaciones de Lille y de Udina. Inmediatamente mandó á todos los soldados que estaban con licencia volver á las filas y todo lo volvia á poner en el pie de guerra enviando nuevas instrucciones á sus plenipotenciarios. Ya dijimos como Maret habia llegado á conciliar en Lille las pretensiones de las potencias marítimas , estando convenida la paz con tal que la España sacrificase la Trinidad , la Holanda á Trinquemale , y prometiese la Francia no apoderarse para sí del cabo de Buena Esperanza. No se esperaba ya mas que el consentimiento de aquellas dos potencias , pero el directorio encontró que Maret habia andado demasiado facil y resolvió retirarle , enviando en su lugar á Bonnier <sup>2</sup> y á Treillard con nuevas instrucciones. Segun estas últimas exi-

gia la Francia la restitucion pura y simple no solo de sus colonias sino tambien las de sus aliados. En cuanto á las negociaciones de Udina, no estuvo menos rígido y exigente el directorio, pues ya no consentia en atenerse á los preliminares de Leöben, por los cuales se daba al Austria por límite el Oglio en Italia, sino que queria que toda ella quedase emancipada hasta el Isonzo y que se contentase el Austria con la secularizacion de diferentes estados eslesiásticos en Alemania. Retiró á Clarke, que habia sido enviado por Carnot, y que en su correspondencia no habia tratado muy bien á los generales del ejército de Italia, que pasaban por mas republicanos. Bonaparte solo quedó encargado de los poderes de la república para tratar con el Austria.

Con aquel *ultimatum* que el directorio mandó significar en Lille por medio de los nuevos negociadores Bonnier y Treilhard, quedó rota una negociacion que ya estaba casi concluida, y Malmesbury lo sintió en el alma porque deseaba la paz, ya fuese por concluir gloriosamente su carrera ó por proporcionar á su gobierno un momento de descanso. No lo disimuló nada, pero era imposible que la Inglaterra renunciase á todas sus conquistas marítimas sin recibir nada en cambio. Era tan sincero el sentimiento de Malmesbury, y tal su deseo de hacer la paz, que instó á Maret á que hiciese diligencias en Paris por ver si se podria

influir en la determinacion del directorio, ofreciendo muchos millones para comprar el voto de uno de los directores. Reusó Maret encargarse de una negociacion de esta especie y salió de Lille, asi como el lord Malmesbury y Mr. Ellis se marcharon al instante y no volvieron mas. Aunque pueda justamente reconvenirse al directorio por haber desechado en aquella circunstancia una paz segura y ventajosa para la Francia, no dejaban de ser honrosos sus motivos, porque hubiera sido mucha deslealtad en nosotros haber abandonado á nuestros aliados é imponerles sacrificios en premio de su adesion á nuestra causa. Ademas se li-songeaba el directorio de conseguir en breve la paz con el Austria, ó por lo menos obligarla á ella con un movimiento de nuestros ejércitos y esperaba que viéndose libre de sus enemigos del continente, podria emplear todas sus fuerzas contra la Inglaterra.

Mucho disgustó á Bonaparte el *ultimatum* que le enviaron, porque no esperaba que le aceptasen, y en efecto era difícil obligar al Austria á renunciar enteramente á la Italia y contentarse con la secularizacion de algunos estados de Alemania, á menos de marchar sobre Viena. No podia él aspirar á aquel honor porque tenia encima todas las fuerzas de la monarquia austriaca, y era indispensable que el ejército de Alemania tuviese la ven-

taja de romper el primero y penetrar por los estados hereditarios. Añadióse á este motivo de descontento el haber sabido las desconfianzas que se habian tenido de él en Paris, pues Augereau habia enviado á uno de sus edecanes con cartas para muchos oficiales y generales del ejército de Italia, el cual edecan parecia desempeñar una especie de mision, y que estaba encargado de enderezar la opinion del ejército sobre la jornada del 18 de fructidor. Bien conocia Bonaparte que desconfiaban de él y así se apresuró á darse por ofendido y quejarse con la viveza y amargura propias de un hombre que se considera como indispensable, diciendo que el gobierno le trataba con una ingratitude horrible y que se conducia con él como con Pichegrú despues de vendimiario, y así pidió su dimision. Aquel hombre de tan gran talento y tan firme, que sabia ponerse en una actitud tan noble, se entregó en aquel caso á la acritud de un muchacho impetuoso y mal criado. El directorio no respondió á su propuesta de renuncia, y se contentó con asegurarle que no iba nada con él en aquellas cartas y en el envio del edecan. Bonaparte se tranquilizó, pero volvió á instar porque le reemplazasen en sus funciones de negociador y en las de organizador de las repúblicas italianas. Repetia á cada instante que estaba enfermo, que no podia aguantar la fatiga del caballo, y que le

era imposible hacer una nueva campaña; mas aunque á la verdad estaba enfermo y rendido de los enormes trabajos á que se habia entregado durante dos años, no deseaba ser reemplazado en ninguno de sus empleos, y en caso de necesidad estaba seguro de encontrar en su alma las fuerzas que parece faltaban á su cuerpo.

En efecto resolvió proseguir la negociacion y añadir á la gloria de primer capitán del siglo, la de negociador. Mucho le incomodaba el ultimatum del directorio, pero estaba decidido en aquella ocasion como en otras muchas á no obedecer ciegameute á su gobierno. Eran inmensos sus trabajos en aquel momento pues estaba organizando las repúblicas italianas, creando una marina en el Adriático, formando grandes proyectos en el Mediterraneo, y tratando con los plenipotenciarios del Austria.

Habia principiado á organizar en dos estados separados las provincias que él habia emancipado en la Alta Italia, y erigido despues de mucho tiempo en república Cispadana el ducado de Módena y las legaciones de Bolonia y Ferrara. Tenia el proyecto de reunir aquel pequeño estado á Venecia ya revolucionada indemnizándola con él de la pérdida de sus provincias de tierra firme. Quería organizar aparte la Lombardia con el título de república Traspadana; pero bien pronto habian

cambiado sus ideas , y preferia formar un solo estado de las provincias emancipadas , porque el espíritu de localidad que á los principios se oponia á la reunion de la Lombardia con las otras provincias , aconsejaba ahora que se reuniesen. Por ejemplo la Romania no queria reunirse con las legaciones y con el ducado de Módena , pero consentia en depender de un gobierno central establecido en Milan. No tardó en conocer Bonaparte que detestando cada cual á su vecino , seria mas facil sujetar á todo el mundo á una autoridad única ; y en fin la dificultad de decidir la supremacia entre Venezia y Milan prefiriendo á una de ellas para cabeza del gobierno desaparecia en el nuevo estado de las cosas. Habia resuelto sacrificar á Venezia porque no gustaba de los Venezianos , y veia que la mudanza de gobierno no habia contribuido á mudar su modo de pensar. Tanto la alta como la mediana nobleza y el bajo pueblo eran todos enemigos de los Franceses y de la revolucion y deseando el triunfo de los Austríacos , sin que hubiese mas que una pequeña parte de la clase media que aprobaba el nuevo estado de cosas. Sobre todo la municipalidad democrática miraba con mal ojo á los Franceses y casi todo el mundo parece que deseaba en Venezia que algun golpe de fortuna permitiese al Austria restablecer el antiguo régimen. Ademas habia otra razon pa-

ra que Bonaparte no estimase á los Venezianos (y era el mal estado de su poder , porque sus canales y puertos estaban casi obstruidos , su marina en un estado tristísimo , y ellos mismos envilecidos en los placeres é incapaces de energía. Por eso decia en sus cartas *que era un pueblo muelle , afeminado y cobarde ; sin tierra y sin agua y que no sabia que hacer de él ;* y asi pensaba entregarle al Austria con condicion de que esta renunciase al límite del Oglio , estipulado en los preliminares de Leoben y retrocediese hasta el Adige. Entonces aquel rio , que es un excelente límite , separaria el Austria de la nueva república , y ademas la importante plaza de Mantua , que segun los preliminares debia restituirse al Austria , quedaria para la república Italiana , y no podia quedar duda de que fuese su capital Milan. Asi pues deseaba mucho formar un solo estado , poniendo aquella ciudad á la cabeza , y darle la frontera del Adige y una excelente plaza , renunciando á Venezia en lo cual tenia mucha razon , aun bajo el punto de vista de la libertad italiana. En el caso de no emancipar toda la Italia hasta el Isonzo , mas valia sacrificar á Venezia que no el Adige y Mantua , y ya habia notado en sus conversaciones con los plenipotenciarios austríacos que tal vez se aceptaria aquel medio término. En consecuencia formó de la Lombardia , de los ducados de Módena y Reggio , de las legaciones de

Bolonia y Ferrara , de la Romania , del Bergamasco y del Bresciano y Mantuano , un estado que se estendia hasta el Adige , con escelentes plazas , como Pizzighitone y Mantua , con una poblacion de 3 millones y 600 mil habitantes , un terreno admirable , rios , canales y puertos.

Inmediatamente se puso á organizarle en forma de república , aunque con una constitucion diferente de la Francia , porque en esta le parecia que estaba demasiado debilitado el poder egecutivo , y aun sin estar enteramente decidido todavia en favor de esta ó de la otra forma de gobierno , y solo movido por la necesidad de crear un gobierno fuerte capaz de luchar con las vecinas aristocracias , deseaba darle una organizacion mas concentrada y enérgica. Pedia que le enviasen á Sieyes para entenderse con él sobre este punto , pero el directorio no aprobó sus ideas , sino que insistió en que se diese á aquella república la constitucion francesa. Fue obedecido y al instante se acomodó para la Italia nuestra misma constitucion , dando á la nueva república el nombre de Cisalpina , aunque en Paris la querian llamar Transalpina ; pero esto era en cierto modo colocar su centro en Paris , y los Italianos le querian en Roma , porque todos sus deseos propendian á la emancipacion de su patria , á su unidad y al restablecimiento de la antigua metrópoli. Por eso

convenia mas el nombre de Cisalpina , creyendo que no convenia dejar á eleccion de los Italianos la primera composicion del gobierno , y así por la primera vez nombró el mismo Bonaparte los cinco directores y los miembros de los dos consejos , procurando en cuanto lo permitia su situacion hacer buenas elecciones. Nombró director á Servelloni , que era uno de los mas grandes señores de Italia , y mandó organizar en todas partes guardias nacionales , de que reunió 30 mil en Milan para la confederacion del 14 de julio. Ya la presencia del ejército frances en Italia , sus hazañas y su gloria habian empezado á esparcir el entusiasmo militar en un país poco acostumbrado á las armas , y Bonaparte procuró escitarle por todos medios. No se disimulaba cuan débil era aquella nueva república con respecto á la parte militar y solo apreciaba de toda Italia el ejército piemontes , porque solo la corte del Piemonte habia hecho la guerra en todo aquel siglo , y así escribia á Paris que un solo regimiento del rey de Cerdeña bastaba para trastornar á la república Cisalpina y que por consecuencia era necesario introducir en ella costumbres guerreras y que solo entonces podria llegar á ser una potencia importante en Italia , pero que esto necesitaba tiempo , porque semejantes revoluciones no se hacen en pocos dias. Sin embargo principiaba á conseguirlo , porque

no habia hombre como él para eso de comunicar á los demas la primera de sus aficiones que era la de las armas , ni nadie sabia mejor que él servirse de su propia gloria para poner de moda los triunfos militares y dirigir á ellos todas las vanidades y todas las ambiciones. « Desde aquel dia « principiaron á cambiar las costumbres en Italia, « y en lugar de la sotana , que era la moda de los « jóvenes, todos principiaron á usar uniforme. En « lugar de pasar su vida á los pies de las damas « principiaron los Italianos á frecuentar los picaderos , las salas de esgrima y los campamentos « para el ejercicio. Los niños no jugaban ya á los « altares ni á decir misa , sino que se les daban « sus regimientos de hoja de lata , é imitaban en « sus juegos los sucesos de la guerra. En las comedias y en las farsas de las plazuelas siempre « se representaba algun italiano muy cobarde y « muy astuto al lado de algun capitanazo , frances ó austriaco , muy forzado , valiente y brutal « que acababa por dar de palos al italiano con mucho aplauso de los espectadores. Pero ya no quiso el pueblo aguantar mas semejantes alusiones , « y los autores sacaban á la escena con satisfaccion « pública Italianos valientes que hacian huir á los « extranjeros para defender su honor y sus derechos , y así se iba formando el espíritu nacional. « Tenia la Italia sus canciones patrióticas y guer-

« reras , y las mugeres desechaban con desprecio « los obsequios de los hombres que afectaban para « agradarlas costumbres afeminadas \* . »

Sin embargo apenas principiaba aquella revolucion , y la Cisalpina no podia ser fuerte sin auxilio de la Francia. Se habia pensado en dejar allí , como en Holanda , una parte del ejército á descansar de sus fatigas gozar pacíficamente de su gloria y animar con su ardor guerrero toda aquella comarca. Tenia Bonaparte aquella prevision que se estiende á todos los objetos y habia formado un plan vasto y magnífico para la Cisalpina , como que esta república era una especie de puesto avanzado de la Francia á donde era necesario que pudiesen llegar rápidamente nuestros ejércitos. Por eso habia imaginado abrir un camino que condujese de Francia á Génova , desde donde atravesando el Valais , romperia el Simplon y se estenderia hasta Lombardia. Ya estaba haciendo contratas con la Suiza sobre este punto y habia destinado ingenieros que hiciesen los cálculos del costo é iba acordando todos los pormenores de la ejecucion con aquella esactitud que acostumbraba en los mas vastos proyectos , por mas quiméricos que les pareciesen á los demas. Quería que aquel primer camino que habia de atravesar di-

\* *Memorias de Napoleon* , publicadas por el conde de Montholon , tomo IV página 196.